

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

LITIN
laboratorio de ideas y textos
inteligentes narrativos

FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Onironautas

LITIN edición verano

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

LITIN
laboratorio de ideas y textos
inteligentes narrativos

FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACION SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Decana
Andrea Varela

Vicedecano
Pablo Bilyk

Jefe de Gabinete
Martín González Frígoli

Secretaria de Asuntos Académicos
Ayelen Sidun

Secretaria de Investigaciones Científicas
Daiana Bruzzone

Secretaría de Posgrado
Lía Gómez

Secretario de Extensión
Agustín Martinuzzi

Secretario de Derechos Humanos
Jorge Jaunarena

Secretario Administrativo
Federico Varela

Secretaria de Finanzas
Marisol Cammertoni

Secretaria de Género
Delfina García Larocca

Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica
Pablo Miguel Blesa

Onironautas : antología / Zoe Elian Averbach ... [et al.]. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social ; Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP), 2021.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-34-1992-2
1. Narrativa Argentina. 2. Antología de Cuentos. 3. Pandemias. I. Averbach, Zoe Elian.
CDD A863

Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 Nº 291 / La Plata 1900 / Buenos Aires / Argentina

+54 221 422 3770 Interno 159

editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata

ÍNDICE

Índice

Prólogo **8**

Relato por Zoe Elian Averbach **10**

Relato por Paulina Bonino **12**

Relato por Silvana Casali **15**

Relato por Wan Chaves **18**

Relato por Lucila Chilano **21**

Relato por Martina Diaz **24**

Relato de Milagros Lubary **27**

Relato por Victoria Lutczak **31**

Relato por Carola Molina **34**

Relato por Emilia Monti **37**

Relato por Pablo Multini **40**

Relato por Yesica Ochoa **43**

Relato por Aldana Ochotorena **46**

Relato por María Clara Terwissen **49**

Agradecimientos:

A les cientos de estudiantes que pasaron por el LITIN en estos 9 años.

A la educación pública por formarnos y deformarnos.

A nuestra querida Facultad por confiar en esta perseverancia en la ficción.

Y al Diego, porque con la mano, además de escribir, se puede ganar la felicidad de un pueblo, aunque sea por un rato.

Prólogo

“Usted está por entrar a la Dimensión Desconocida”, decía el locutor de aquella mítica serie norteamericana. Esa invitación no era necesariamente al espacio de lo fantástico, sino a una zona gris, algo instalado entre la percepción y el mundo, lo siniestro. Se trata de una adulteración de los sentidos que tensiona el estatuto de lo real y lo pone patas para arriba.

Así como en 2020 el LITIN intentó hacer algo distinto al impulso distópico que se había despertado en buena parte de la literatura vernácula y mundial por el COVID-19 —escribir relatos cotidianos y a prueba de espantos a partir de las noticias disparatadas que surcaban los medios— cuando pensamos en una actividad para el LITIN VERANO 2021 nos planteamos redoblar la apuesta y superar el año de la pandemia con un vuelco narrativo: hacer ficción pura, concentrada, sin diluir.

La literatura muchas veces ha cedido terreno: dejó que lo real le pusiera sus leyes y hasta en algún sentido, la dominara. Esa tentación late bajo las plumas de todes: en un mundo hipotético, atravesado por el COVID, la realidad amenaza con imponerse.

Por eso desde el LITIN elegimos salirnos por la tangente.

Los relatos aquí presentes son producto de dos meses de trabajo de escritura colectiva y colaborativa de un grupo de estudiantes de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP. Como todo lo que sale del LITIN.

Por lo demás, no tienen ni pies, ni cabeza. Como tiene que ser.

Marina Arias y Ulises Cremonte

Codirectores del Laboratorio de Ideas y Textos Narrativos (LITIN) de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP

Relato por Zoe Elian Averbach

Lado B.

La hoguera la armamos hace un tiempo, revolvemos baldes de brea caliente. Es necesario que pronto esté todo listo, el paisaje es de niebla. No, es niebla, o somos. La brea entonces discurre tranquila sobre lo etéreo, llegando al mundo material. Por algún motivo una calle teñida. Nos desorientamos, caemos en baches, nos amontonamos y avanzamos.

Por algún motivo estamos adentro de una fiesta de estatuas, y suena un disco rayado de Maná. El olor a vino en la ropa de esa gente, estamos asustados tenemos sed, la canilla chorrea pero no sabemos pararla y parece un río. No entendemos mucho pero algo arde así que nadamos en ese río. Lo llenamos. Notamos el peso de una almohada, o una piedra arrojada al río, la recibimos. Por algún motivo la piedra nos cae mal. Entonces vomitamos brea otra vez, en la calle teñida.

Lado A.

La fiesta es de alguien que no conozco, pero está mi amiga. Ella saluda a los besos y abrazos a todes. En el segundo piso saluda May, que tiene rulos,

como yo tenía, y me sonríe. Seguimos saludando, pero a mí la cabeza se me empieza a dislocar de mirar a May.

Deja de haber gente y May me está señalando por una ventana la brea de los no-nacidos, que alcanzó a los peatones y los dejó en estatuas “pasa que se llenó el purgatorio”.

May me pregunta dónde está la salsa de soja, porque de repente estamos en casa. Cuando la echa en el pad thai veo la mancha negra expandirse por los fideos, abrazándolos. Los miró fijo, tratando de saber por dónde va cada uno, los miro mientras May revuelve. Cuerpos esbeltos en movimiento, como un río con anguilas. Meto el pie y no hay estática, hace calor May se sumerge y baila cual Úrsula en la Sirenita “pobres almas en desgracia”, me grita y se ríe. Se hunde, se forma una cama de anguilas arriba de su cuerpo, tantas que no se nota que es un río es como si sólo fuera una calle negra de entrañas. Es una calle. Camino sobre la brea entre las estatuas de la gente.

Relato por Paulina Bonino

Entro en la heladería que por fuera es la casa antigua de mis padres y veo que en la parte de la caja está Milagros, una compañera de la primaria, y que al costado está Romina, mi prima segunda. Milagros abre y cierra la caja registradora haciendo que el ruido clink clink clink se torne insoportable; Romina toma un cucurucho y se lo mete entero en la boca. Espera unos segundos y luego lo saca, intacto. En ese momento es cuando me doy cuenta de que no tengo que estar ahí porque aparece un hombre pelado con una cámara colgando que me agarra del brazo y me dice: “pibe, vos no podés estar acá”. El tipo me toma de la remera. “¿Cómo entraste, pibe?”, insiste. Miro a los costados y hay más cámaras y flashes. Milagros y Romina se ríen a carcajadas que empiezan despacio y van en aumento al igual que el ruido de la caja registradora clink clink clink clink clink. El hombre me empuja a la calle en donde caigo de espaldas y giro en vuelta carnero hacia atrás para luego volver a sentarme derecho. Me levanto en un movimiento como un acróbata profesional. De repente veo en la esquina a Victoria y por algún motivo que no entiendo nos empezamos a lamer los cachetes como forma de

saludo. Me pregunta qué hago acá y yo le explico que no me pude volver a mi casa porque el tren chocó con un caballo. Con la mano me seco la baba que quedó en mi mejilla. Ella asiente y propone tomar un helado, pero le digo que en la heladería no se puede porque están haciendo una producción, que es lo que me pareció entender. Entonces me toma la mano, me hace una caricia y se ve que a partir de eso aparecemos en la heladería favorita de mi infancia: la veo a Victoria, pero enana y me asusto hasta que me sonríe y observo que a mi alrededor todos son enanos sonrientes. Noto que yo también lo soy porque para verlos no tengo que bajar la cabeza y de alguna manera saberme enano como el resto me tranquiliza.

El mostrador está a la altura de nuestra panza y atiende una enana bastante alta que nos pregunta de qué sabor queremos el helado y antes de que Victoria abra su boquita yo por algún motivo sé que va a pedir de hongos y pastafrola. Ella dice: “de hongos y pastafrola”. Yo pido lo mismo y la enana más alta de los presentes se pone a hacer dos cucuruchos de color amarillo y rojo y el primero se lo da a Viki y el segundo a mí con servilletas para limpiarnos. Nos sentamos a tomar el helado en la veredita y notamos que todo está diseñado para nuestro tamaño. Pasa un hombre acompañado de su perro boxer: tiene el tamaño de un caniche toy. Le digo a Viki que tenemos que ir a buscar algún caniche y observar si tiene tamaño de una hormiga. Ella me dice que es una buena idea. Nos levantamos de la vereda y caminamos tomando nuestro cucurucho un poco derretido por el calor. Es de día pero la luna, finita, se posa en el cielo celeste como una uña recién cortada. La dejo avanzar y miro sus gemelos que son como dos pelotas de tenis y pienso que debe

ser porque anda mucho en bicicleta y entonces ella se da vuelta y me dice: “¡mirá!”. Y señala algo que es como una rata con rulos. “Escuchá cómo ladra, debe ser un caniche toy”, agrega. Y lo es, porque además va acompañado de una enana rubia que tiene cara de tener ese perro. La rata con rulos se me acerca y empieza a ladrar con ganas. Su dueña le dice: “¡Sofi, Sofi, calmate!”, a la vez que me mira y me dice: es que es re guardiana. Yo sonrío falsamente y sigo avanzando con cuidado de no pisarla mientras Victoria también camina y mastica el último pedazo de cucurucho que le queda. Apenas termina de tragar ella de repente explota y ya no está en mi vista. Yo mastico y trago y exploto también, pero es como si mi conciencia siguiera intacta y lo sé porque tengo tiempo de reflexionar en que está todo raro y oscuro hasta que aparezco tirado en la esquina de la heladería. Hago una vuelta carnero hacia atrás para poder levantarme. Toco mis manos todas pegajosas y el bolsillo que tiene un ticket enrollado y una servilleta manchada. Veo que el pelado me mira desde la puerta de la heladería con una sonrisa burlona y noto que podría ser un gran patovica. Le sonrío y me levanto porque no está bien visto que alguien como yo esté tirado en el piso.

Relato por Silvana Casali

Ya me acordé: yo tengo que comprar una campera, por eso vinimos al centro y caminamos por la vereda de calle 7 aunque pensemos que es calle 8, parece que yo necesito una campera con muchísima urgencia y mi amiga, una piba bajita que por lo visto viene para ayudarme, camina apurada, caminamos apurados, los dos.

De vez en cuando nos reímos a carcajadas de las palomas que nos vamos cruzando, no de ellas sino de unos calzoncillitos azules que parece que tienen que usar. Dan ganas de morirse, dice mi amiga con ternura. O de matarlas, le contesto riendo pero con muchísima pena porque esos calzoncillitos me hacen acordar a los pañales y los pañales a los geriátricos. Nos reímos y nos movemos como amigos de toda la vida, aunque no tengo idea de quién es.

Caminamos pegados salvo cuando alguien quiere pasar por el medio, ahí nos tenemos que separar. Vamos esquivando puesteros con sus mantas violetas extendidas en el piso, caminantes lentos que miran vidrieras y otros tan apurados como nosotros pero que vienen en sentido contrario. La calle es un quilombo y los autos pasan tan rápido que sólo alcanzo a ver líneas de colores.

De repente a mi derecha descubro una galería con una escalera de mármol vieja y sucia, le comento a mi amiga que arriba hay un hotel antiguo, que subamos, se lo digo mientras empiezo a subir, y cuando estamos por llegar ella responde: sí, el más antiguo de la ciudad, y yo lo confirmo mirando el ascensor tijera de la esquina.

El descanso está sucio y arriba hay una ventana bien alta que ilumina con una luz cegadora que me hace sentir como si estuviera en una catedral pero no puedo tener la tranquilidad de una iglesia porque presiento que hay palomas cerca que en cualquier momento nos van a rozar la cabeza y de hecho estamos pisando cagadas de paloma y le comento a mi amiga —como para salir de ahí sin que se dé cuenta de mi aprehensión— que más arriba vive gente, que sigamos subiendo así saludamos al Loco Simur que por lo visto es un gran amigo nuestro, entonces doblamos a la izquierda donde hay otra escalera de mármol pero más chica y sucia que la anterior y con un pozo considerable. Mi amiga

—que ahora es mi papá— hace un gesto como que no se anima y pienso, con algo de culpa, que puede caerse, que le duele la espalda y que no tiene ningún sentido seguir subiendo, ni estar acá, y recuerdo la campera y le hago el gesto de bajar y volver a la calle, y en la mitad de la primera escalera hay algo parecido a un payaso que hace malabares con sus dos bolas y una tela marrón pegada a la frente y mi papá me explica que es el escroto, que ahora se usa, y yo no podría explicarlo pero al verlo tengo la certeza de que ese hombre me va a confundir con el médico que lo operó y ni bien pase cerca me va a pegar con una de sus pelotas, y cuando estoy por llegar a su escalón ruego

para mis adentros que no le haga nada a mi papá, pero mi papá baja lo más bien y yo también, aunque cuando pasó a su lado el payaso me mira de reojo.

Volvemos a la vereda de calle 7, caminamos como antes pero un poco más lento y entonces me doy cuenta de que mi papá tiene un malestar, le pregunto qué le pasa y me dice: no es nada, pero se agarra el brazo izquierdo y pone cara de dolor aunque no deja de caminar, la verdad es que no dejamos de caminar, entonces lo freno agarrándolo del brazo que no le duele y le digo: volvamos a casa, le digo: venimos otro día, y me dice: no, pero tampoco sigue caminando, estamos parados al lado de un puesto amarillo de diarios y le digo: por favor, qué es lo que te duele específicamente, y me responde: SCRACHY, hace una pausa, se mira el brazo y repite SCRACHY-SCRACHY, cerrando y abriendo rápidamente la mano como hacen algunas personas cuando saludan a un bebé, y aunque pongo cara de no entender entiendo perfectamente que lo que me está queriendo decir es que le pica muchísimo la cara y es verdad: la tiene coloradísima.

Relato por Wan Chaves

“¡Las papas, boluda!”, le dijo Héctor desde la otra punta de la cocina, y Roberta fue corriendo a apagar la hornalla. Luego de comer, Roberta sugirió jugar al truco. Después de las cinco victorias de Héctor, ella se quejó de que nunca hacían nada diferente y fuera de lo rutinario. Entonces él, luego de buscar algo que hacer con su mirada, gritó eufórico “demos saltos en las cebollas” y Roberta accedió.

Como siempre, ella dio el primer salto. Cuando despegó los pies del piso, en dirección a la hortaliza, tomó el tamaño de la mitad de una de éstas. Héctor decidió hacer lo mismo pero el resultado fue diferente. El muchacho se achicó hasta medir el doble de Roberta. “Qué bajón, si tuvieras mi tamaño lo disfrutarías más”, le dice la chica.

Al rato de andar entre las cebollas, la pareja se sentó en una a contemplar la vista de la casa desde esa nueva perspectiva. Todo se veía mucho más grande, las uvas tenían el tamaño de pelotas de futbol y la mesa era una ciudad. Al tiempo, Héctor trató de decir algo pero Roberta lo calló; volvió a insistir y ella reaccionó de la misma manera. Entonces le gritó “pero cómo

vamos a volver a nuestro tamaño", a lo que ella le respondió "ahora este es nuestro tamaño".

No iba a aceptar esa respuesta y Héctor comenzó a saltar de la cebolla al morrón, se convirtió en un león y deseó por un segundo comerla cruda. Del morrón paso al zapallo y se transformó en un caballo, empezó a relinchar fuerte para asustarla; del zapallo volvió a saltar a la cebolla y a ser el doble de alto que su novia. Se sentó en un rincón a llorar por su nueva realidad.

"Arruinás mi paz", le gritó ella, y él le contestó que se separen porque se arruinan las vibras mutuamente. Mientras se le acercaba decía "me cansé de tus pies de elfo, de tu olor a caballo cagado, te pasas mi existencia por el culo. No entiendo cómo te aguante hasta ahora; te quiero convertir en un caniche, porque sos igual de insoportable. No podemos vestirnos de tortugas para coger porque la señorita se siente incómoda, no puedo resucitarte ni hacerte desaparecer porque sos una amarga".

Roberta se paró a su lado, le pegó un cachetazo y se hecho a reír. "Sos un pelotudo Hectito, sos un reverendo pelotudo" y sacó de su bolsillo un sobre que decía "Para volver a tu tamaño debes…". Luego de enrostrárselo a su nueva ex pareja se fue corriendo. Él la persiguió, pero no la alcanzó.

Mientras Héctor estaba llorando se le acercó midiendo lo mismo que yo. Ella lo agarró, le dijo unas palabras que él no logró entender y luego lo llevó al baño. Una vez en la habitación, lo tiró al inodoro. Suave y lentamente le susurró "siempre me pareciste un cobarde, no tenes gracia, sos insulso. Si hubieras tenido los huevos para dejarme antes, esto no habría pasado. Ah,

por cierto, lo único que tenías que hacer para volver a tu estatura normal era saltar hacia atrás en la cebolla en la que caíste la primera vez" y tiró la cadena.

"Ahora solo me queda ver qué digo si alguien me pregunta por su desaparición. Podría decir que me abandonó por otra y que no sé nada más, luego me pongo a llorar y ya nadie querría preguntarme por la incomodidad que genera el llanto desconsolado de una mujer recién abandonada". Se acercó a la heladera a buscar el helado que le quedó a Héctor, se fue a su cama y comió mientras practicaba su desgarrador llanto de despechada. Después miró un poco de tele hasta quedarse dormida, como si nada hubiera pasado y ese era el fin de otro rutinario día. Héctor no existe más.

Relato por Lucila Chilano

Llegaba tarde a cursar, junté todo lo que necesitaba lo más rápido que pude, lo guardé en mi bolso y emprendí camino hacia la facultad. Comencé a dar pequeños pasos mientras revisaba el horario. Las calles estaban vacías, lo que era poco común a esas horas. Después de un largo rato no había avanzado demasiado. Definitivamente iba a llegar tarde, pero por algún motivo no podía correr ni mover mis piernas a una velocidad creciente, sólo podía poner un pie frente al otro a paso de tortuga. Las personas que se cruzaban en mi viaje no parecían tener ese problema, grandes y blancas alas colgaban de sus espaldas mientras volaban en dirección a su destino. Aviones salieron de la nada y un choque provocó varios accidentes, todas las personas aladas salieron lastimadas. Después aparecí en una calle deshabitada repleta de grandes y viejos edificios, era de noche, mi corazón latía a galope y las manos me temblaban. El cielo estrellado estaba sobre mi cabeza y lo observé por minutos que parecieron horas, las constelaciones se movían como peces en el agua. Vi que un gran hombre me estaba persiguiendo, y aunque eso parecía peligroso no hice nada, permanecí quieta en mi lugar. El hombre robusto

me alcanzó y me atrapó mientras que mi cuerpo comenzaba a hacer algo que no entendía. Entonces noté que era una mariposa y me alejaba de sus manos en busca de otro camino. En una terraza volví a ser yo, sin indicios de mis alas ni del hombre que me seguía. Me senté a descansar en el borde del edificio justo cuando sentía como alguien me empujaba de él. Mientras caía al vacío por algún motivo los pensamientos de mi cabeza se dirigieron a la agresión y la violencia. Y allí fue donde terminé, en medio de una batalla. Dos bandos contrarios se encontraban en una lucha armada, entre los soldados había varios cuerpos tendidos en el suelo y las balas se dirigían a distintas direcciones. En ese momento comencé a escuchar disparos y tapé mis oídos. No parecía que alguien me hubiera visto o prestado atención, pero estando en el centro de la pelea los proyectiles comenzaron a llegar. Sin embargo, ninguno me dañó, sino que me evitaban y esquivaban. Me imaginaba que era la Mujer Maravilla en la escena que paraba las balas, pero la única diferencia era que éstas terminaban en los soldados. Ellos caían junto a los demás sin la capacidad de poder continuar peleando. Y de repente estaba en una hermosa isla, volvía a haber paz y el sol me cegó por unos segundos. Caminé por la playa mientras sentía el mar llegando a mis pies, todo parecía tranquilo y solitario. Hasta que un chico se acercó a mí, hablaba alarmado, pero no lograba entender sus palabras. Era como si balbuceara con rapidez. Escuchaba otros sonidos y entonces me percaté que una gigantesca ola venía hacia nosotros y aunque estaba aterrada, parecía como si mi cuerpo no quisiera moverse y esperase el gran impacto. La ola nos alcanzó y empecé a nadar desesperada para evitar ahogarme, pero por alguna razón podía respirar debajo del agua.

Traté de ayudar al chico, mas éste había desaparecido de mi vista. Luego me encontraba en medio del océano, pequeñas oleadas me balanceaban mientras flotaba acostada sobre la superficie. Estaba en medio de la nada y en medio de todo, sola y a salvo como lo había estado toda mi vida.

Relato por Martina Diaz

Salimos temprano. A papá le prestaron un camión volcador con caja azul que, aunque parece pesadísima, se asemeja a la de un juguete Duravit. Yo me trepo por un costado ayudándome con una de las ruedas que está gris de tanto barro seco acumulado y me acuesto ahí dentro, a lo largo. Entonces papá, desde abajo, empieza a tirar las valijas que caen con el mismo peso de una bolsa de cemento sobre mis pies, pero no me duele y dice algo así como que la frontera entre Paraguay y Bolivia se movió dos centímetros a la izquierda así que vamos a tener que desviarnos por Salta para llegar, lo cual nos atrasa dos horas el viaje. Esto último lo dice en otro idioma que yo no sé hablar, pero por alguna razón lo entiendo perfecto y me enojo porque sé que no vamos a llegar a ver cómo tapan el sol, así que le digo que se calle, que me está molestando ese ruido que hace con la boca, como si estuviera revolviendo un caramelo duro entre sus dientes, y que se vaya a la mierda.

Me despierto en la mitad del viaje, pero mi espalda se queda pegada a la chapa de la caja que, después de más de medio día al rayo del sol, hierve tanto como para derretirme la piel que parece que se estira como si fuera un

chicle pegado debajo de un pupitre durante todo un verano. Igual me acerco a la ventanita que separa la caja de la zona del volante y de repente aparecemos papá, la tía Lili y yo en el living de una casa tan antigua como la iglesia en la que aprendí catecismo. Yo me acerco a la tía Lili que está arrodillada en el centro de la alfombra que recubre el piso empolvado, rezando un Padre Nuestro en un volumen casi imperceptible mientras me mira de reojo y sé que está enojada por algo que hice, pero en realidad no sé qué es lo que hice, pero fue algo muy malo. Entonces me dice que soy una irrespetuosa, que la naturaleza es sabia y me va a venir a buscar como hizo con ella.

Después de eso papá y yo aparecemos de nuevo en casa, tenemos manchones rosados por las quemaduras del sol que están embadurnadas de aloe vera en tanta cantidad que nos humedece la ropa. Porque para acceder a la playa desde donde veríamos cómo subía el globo aerostático hasta el espacio, había que atravesar un camping. Por algún motivo, papá eligió ir por el camino más largo y robar una toalla fucsia de una familia que se estaba alojando ahí y nos miraba por una ventana con una especie de sombreros con forma de sombrilla en sus cabezas, pero que en realidad eran paneles solares. Entonces de repente estamos los dos sentados en unas reposeras, discutiendo algo sobre el calentamiento global y el Amazonas, haciendo un picnic con los pocos amigos de la fábrica que le quedaron a papá después de que lo rajaran, y aunque ninguno se da cuenta somos todos bebés que hablan como adultos y llevamos puestos pañales con caca que sirve de abono para las plantas.

Y en un movimiento que no se entiende bien, volvemos a aparecer, una vez más, en casa. Yo pienso que tenemos que salir temprano, que es

imposible que a esta altura lleguemos a ver algo porque el cielo está con un color metalizado y en cualquier momento empieza a llover agua de coco para los intolerantes a la lactosa. En ese momento mi hermana sale del baño con los pómulos un poco inflamados y me dice que hoy se puso las gotitas en los ojos y ahora le salen los mocos flúor. Me muestra uno que parece una tira de serpentina anaranjada y a mí me gusta la forma que tiene, así que le digo que lo guarde bien porque lo vamos a necesitar más tarde. Nos agarramos de la mano, dejando que el moco se pegue entre nuestras palmas, y salimos corriendo a la playa.

Entonces aparece la cara de un tipo que conozco de algún libro cerca de la orilla, sin cuerpo. Yo sé que tiene torso, pero ahora solo está su cabeza flotando, incluso sin su cuello. Estamos a unos metros de los acantilados y el viento le hace flotar la barba entre el mentón y los orificios de la nariz, tapándole la voz, solo se escucha una interferencia cada vez que abre la boca para explicar cómo es que va a lanzar el globo que tapará el sol y hará crecer la capa de ozono. De repente la cabeza flotante del hombre empieza a hincharse de manera irregular, primero una mejilla, después una porción de la frente y por último la zona de la oreja izquierda. Una persona detrás de él está usando mal el inflador.

Relato de Milagros Lubary

Ya quedaban pocas personas dentro de aquella galería y sus pasos resonaban gracias al eco de aquel lugar casi vacío. Su presencia captó la atención de todos los presentes, pues él, un crítico de arte consumado, parecía maravillado por las obras allí expuestas.

—Realmente eres una belleza sin igual. —susurró delante de una de las pinturas.

Al recorrer el lienzo con la mirada por segunda vez, se extrañó al no encontrar la firma del artista que logró cautivarlo. Le resultaba imposible apartar los ojos de aquel lienzo. Se pasó los dedos por el cabello nerviosamente, tratando de calmar esa sensación tan familiar que lo consumía. Salió de su abstracción al sentirse observado por la multitud que continuaba expectante a su reacción.

—Disculpe, señor Vachirawit —dijo un hombre de mediana edad, quien al parecer estaba a su lado hacía algún tiempo. Bajó la vista hacia el hombre, pues le sacaba un par de centímetros.

—¿Sucede algo?—preguntó con la actitud displicente que lo caracterizaba.

—Mi nombre es Hernán López. No pude evitar notar su interés por la obra del pintor anónimo Si me permite, me gustaría conocer su opinión sobre sus obras y sobre la exposición en general.

El hombre hablaba con evidente nerviosismo.

—Tiene muchos artistas talentosos en el lugar —respondió Vachirawit—. Y al parecer también aquí dejó su huella el famoso pintor anónimo —se dijo en voz baja.

Se aclaró la garganta y continuó:

—Ya he visto obras de este artista antes. Sé que es famoso por su hiper-realismo.

—Llama mucho la atención que solo pinta a esta mujer, y sobre todo porque su identidad es un misterio —comentó López.

Vachirawit posó nuevamente sus ojos en la pintura, pero esta vez preguntándose "¿qué clase de persona no quiere mostrarse al mundo con semejante talento?".

Cuando sintió que ese conocido sentimiento seguido de una taquicardia empezaron a invadirlo, decidió marcharse para evitar un espectáculo bochornoso. Se despidió del señor López y caminó hasta la salida de la galería.

Casi por impulso, se giró sobre sus talones, y se encontró dos ojos que lo miraban perplejos en un rostro que reconoció: el rostro de la mujer de la pintura que había estado mirando apenas pocos minutos atrás.

Un escalofrío recorrió su espalda, haciéndolo dejar su habitual indiferencia. Solo un segundo fue suficiente para retenerla del brazo y apoderarse de sus labios, como si estos fueran a librarlo de ese sortilegio. No

sabía por qué lo hizo, pero por primera vez sintió paz en su alma atormentada. En el momento que rompió el beso, las respiraciones se volvieron agitadas, y solo oían sus corazones latiendo al unísono. Sin medir palabras, Vachirawit rompió aquella conexión, dejándola sola y perpleja en aquel lugar. Huyó con prisa, y al llegar al final del corredor, acarició sus labios, todavía con el calor de aquel efímero contacto.

Él quedó totalmente atónito y con los ojos desorbitados mientras observaba a Vachirawit partir. Sentía el calor apoderándose de sus mejillas a medida que repetía esa misma escena en su mente. Surgió en él la necesidad de plantarle cara y pedirle una explicación.

La arrogancia era parte del encanto del crítico, al igual que su notable apariencia impecable y salida de un personaje de dramas románticos y clichés. Pero ese hombre no era alguien ordinario. Solo podría comparárselo a la sensación de ser asaltado en plena calle, sin previo aviso, y sin poder reaccionar a tiempo.

Por eso había tomado la decisión de ir a las galerías para esperar su llegada a la exposición. Sabía el itinerario habitual del lugar, por lo tanto Vachirawit no lo volvería a tomar por sorpresa.

El momento más crucial llegó, y nada ni nadie podía anticipar lo que iba a ocurrir. Lo siguió caminando con decisión y lo tomó por el brazo, casi como si quisiera regresarle el favor. Pero en cuanto sus ojos se volvieron a encontrar, Vachirawit recordó lo que había hecho anteriormente y se dio cuenta de que aquella persona que le hizo sentir esa misma sensación que le dejaba el stendhal era de una sexualidad distinta a la que estaba retratada en

aquella pintura. Sorprendido, aunque no tanto, el crítico simplemente movió los labios de manera casi automática, sin poner en palabras aquello que sentía en ese instante:

—Sigue mirándome así, y te besaré hasta que caigas.

—Entonces hazlo —respondió él sin quitarle la mirada de encima.

Relato por Victoria Lutczak

Ya estaba violeta cuando pude pararme y tocar timbre en el 4to C. Mara, la vecina me miró a los ojos y siguió con su dedo la lágrima que bajaba por mi cachete izquierdo. Entró a su departamento y volvió con un palo santo que me metió por la oreja. El humo era violeta, como yo. Escuché que frenaba el ascensor y vi por el espejo que su hermana, Lisa, se acercaba por el pasillo. Me pegó una patada en la espalda y el pedazo de milanesa de berenjena salió volando. Mara lo agarró con la boca en el aire y se lo comió.

—Gracias. Si me agarra la Parca prefiero que sea en el mar —le dije.

De repente estamos las tres luchando con el viento para armar una media carpa azul y rechazando al churrero que insiste en ayudarnos. Tres nenas llenan su baldecito de plástico con más de una docena de churros rellenos. Las seis nos sentamos en ronda en la orilla. Mastico arena con dulce de leche. Por algún motivo a una de las nenas le empieza a crecer pelo marrón en todo el cuerpo y le salen, desde adentro de la piel un par de orejas como de osa de juguete. Con una voz agudísima y respirando entre palabra y palabra la nena-osa recita: Las velitas de la torta han empezado a bailar y mientras

bailan te dicen: hoy cumples un año más. En ese momento una señora con el barbijo mal puesto y una calza animal print de cebra aparece desde el horizonte con un alfajor con treinta y dos velitas prendidas. Soplo, pido tres deseos y las siete aparecemos arriba de la banana acuática de Valeria del Mar. Mi chaleco salvavidas no abrocha bien. Cuando nos tiran al agua me hundo y hay algo extraño que no me deja subir. Entonces noto que arriba de mis hombros estoy yo, pero en mi versión quinceañera. Oliendo una rosa. Inmóvil como en una foto, con un vestido blanco de princesa con canutillos plateados. El vestido no se moja. Después todas miramos para el cielo, las nubes se abren y una pinza garra de máquina de peluches baja y nos saca. Las siete aparecemos en un lugar de videojuegos, yo quiero jugar al de bailar porque me acuerdo cómo eran los pasos de Virus de Beethoven. Cuando estoy apretando la flecha azul de la izquierda y el botón amarillo del medio, una bebé baja de su cochecito y se pone a bailar al lado mío. Cuando me está por ganar, me saco la cabeza de quinceañera y la revoleo a la pantalla para que se apague. La máquina se borra. La bebé llora y de los ojos le salen chicles con forma de sandía. Hacía mucho que no conseguía esos chicles entonces me levanto la pollera como si fuera una bolsa y me guardo todos los chicles que puedo. Lisa viene corriendo, agarra a upa a la bebé y se sube arriba de una silla. Le pellizca los dedos de los pies para que siga llorando, entonces vienen todas y todas se levantan la pollera para agarrar golosinas. La bebé se queda dormida y empezamos a caminar en cámara lenta para atrás. Un pie a la vez. En hilera. Cuando pasamos por una verdulería Mara dice que tiene hambre y de repente tiene una bolsa llena de berenjenas y tomates. Llegamos a la

puerta de mi edificio y subimos los cuatro pisos por escalera. Abro la puerta, el horno estaba prendido.

Relato por Carola Molina

Por un momento te olvidás cómo manejar la caja registradora y la tía ya está renegando en la punta de la luna mientras pasa un camión que se lleva todas las cosas de Celestino hacia la izquierda. No sabés qué hay hacia la izquierda, sólo ves que el camión es tragado por el polvo que desenrolla con las gomas y, de un momento a otro, desaparece como un mago. “Bajá de ahí ¿Qué hacés ahí?”, te grita la tía.

Las luces de la calle se asientan en el suelo, entre las piedritas de tierra seca que se desprendieron del parachoques del camión. Nadie parece verlas, ni siquiera la tía, pero se desperdician como envoltorios sobre toda la esquina. En el medio de la noche te ponés a juntarlas, pero algunas ya fueron absorbidas por la materia del piso y tus movimientos nerviosos, aunque bien intencionados, resultan inútiles. Suena tu teléfono, es Celestino. Quiere saber dónde dejaste las cosas que te prestó; le explicás que las pusiste en una caja para llevárselas apenas salgas del trabajo, pero en un descuido pasó un camión y se las llevó. Él se pone furioso y te grita, vos le pedís que te perdone, que le vas a regalar un café de la máquina del trabajo, pero obviamente eso

no lo tranquiliza. La cafeína lo va a poner aún más nervioso, así que pensás en otra oferta que puedas hacerle... Un café con leche, una caja de leche, una caja con sus cosas, la caja registradora. Pero ya es tarde porque él colgó hace rato y, mientras seguías hablando inconscientemente, los chusmos sentados en las mesitas del patio te escuchaban y cuchicheaban conjeturas sobre tu historia con Celestino.

Dos clientes en el piso de arriba quieren descubrir el código de seguridad de la caja registradora, pero no saben cómo evitar el último escalón donde te sentaste a mirar a los perros que saltan del otro lado del vidrio mendigando restos de sánguches de milanesa. Cualquiera que los viera saltar podría pensar que son mitad pulga. Al mismo tiempo que podés verlos atrapando moscas con los dientes amarillos y gastados, también ves la expresión en la cara de esos dos clientes que se transforma progresivamente como si les hubiera dado una terrible migraña.

Ya es tiempo de que olvides lo de Celestino, el camión que se llevó sus cosas probablemente no regrese hasta mañana a la derecha. Vas al baño a lavarte las manos y la cara segura de que si en algún momento sucede algo extraño o imprevisto la tía va a gritar más fuerte de lo usual.

El espejo de la pared está quebrado y podés ver el baño desde siete perspectivas diferentes. En la esquina de una puerta alguien garabateó con letra cursiva y muy prolija “El espacio entre una palabra y la escritura”; en otra parte fue escrito “el compromiso de las imágenes es un manjar que empalaga”; en la puerta de al lado, se puede leer bien “Kilopájaro = 1.000 pájaros”; y un poco más abajo hay unos dibujos pero son igualmente incomprensibles. No

entendés por qué alguien querría hacer más de tres cosas en un baño público, pero no importa, el negocio necesita que lo vigiles.

Durante el tiempo que estuviste ausente, amaneció más rápido que nunca y la luna y la tía ya no están. Algunos clientes te dejaron propina sobre la mesa, algunos dejaron billetes que ya no sirven. Los perros pulga se quedaron dormidos acariciados por el sol. El de turno madrugada está cruzando la calle, acercándose a la esquina, ya casi con su mano sobre la puerta, ya con su pie sobre la alfombra. Le entregás la llave del baño y la de la caja registradora, y cuando salís, un cielo distinto al de ayer, un cielo con batik de lavandina se traga el negocio. “Problema de Marcos”, pensás. Pero ni siquiera sabés cuál es el nombre de Marcos.

Ya pasaron veinte minutos. El micro nunca llega, no parece que quisiera llegar. Te mira con esos dos farolitos lastimeros desde la otra cuadra, rueda como si fuera a frenar en cualquier momento, hace berrinche cuando el conductor lo arrastra de la parrilla, y le muerde los dedos aceitosos. Pensás en tomarte un ascensor, “menos mal que traje la SUBE”. O podés saltar de la rama de un árbol, hacer equilibrio por el horizonte y volver con la tía, si la llegás a encontrar ahora.

Relato por Emilia Monti

Los domingos el pueblo está vacío. Me sigue un gato, el de mi vecino. Tiene manchas amarillas y una cola extremadamente larga. Voy cruzando la plaza con el gato, y entonces noto que comienzan a llegar niños, miles de chicos y chicas de diez años, o menos, y empiezan a jugar. El pueblo es chico, así que están todos los niños del pueblo jugando en la plaza. Por lo que veo están solos, sin adultos, y cuando estoy llegando al playón, que está en el centro, todos voltean y comienzan a aplaudirnos. Nos aplauden a nosotros, lo sé porque nos están mirando. Apenas apoyo un pie en la calle, los niños salen corriendo hasta sus casas, y se encierran. En el pueblo, a esta hora comienza la hora de la siesta.

Pienso en dormir, y de repente estamos acostados el gato y yo, pero noto que mi cabeza choca con algo duro, y hay piedras. Me despierto en la cama del gato. El gato sigue durmiendo, ronronea un poco como si estuviera soñando, y veo por la puertita de la cucha que comenzó a oscurecer. Intento salir de ahí pero el gato me rasguña las piernas, me muerde los dedos y no me deja, no puedo abrir los ojos, y empiezo a perder el pulso, siento que no respiro,

no respiro y levanto los brazos pero tengo las muñecas atadas y el gato me mira abre la boca va a morderme me sangra el labio, y aunque esto parece peligroso, no duele. Tengo los ojos en el pasto, el gato me los arañó y rodaron por la puertita. Pero ya es de noche, y estoy entera sentada en una hamaca. La noche está más oscura que de costumbre. En el pueblo se ven las estrellas pero ahora no las puedo ver. Me agarra piel de gallina, parece una noche de verano, en pleno julio. El gato duerme en mis piernas, y yo me hamaco. Tan alto me hamaco que toco una estrella, no las veía porque estaban escondidas. Veo las estrellas pero no veo la luna, me hamaco más fuerte, y más fuerte, aprieto los labios, me agarro a la cadena y camino para atrás sentada en la madera, y me tiro de la hamaca. Y, aunque el gato está quieto, parece como si volara. Y las manchas del gato comienzan a volar también, y se unen y flotan y bailan y van al cielo, y ahora sí veo la luna. Es amarilla, como las manchas del gato. Sonrío, y me tiro al piso. Abro los brazos, las piernas, y comienzo a moverlos sobre la nieve. Hago un ángel, como esos de las películas, pero el gato tiene frío y no se quiere bajar de la luna. Por algún motivo, el gato salta y cae arriba mío. Nos estamos hundiendo en la nieve, y nos tapa, y me congelo. No puedo moverme, el gato me dice que tengo los labios violetas, y yo lo miro. No me muevo, no respiro, no respiro, me pica todo, tengo frio. Me pica la espalda y el gato me rasca, él no tiene frio, ni miedo, ni llora, como yo. Pero salió el sol y me descongelé y el gato tiene un barrilete atado a la cola, que es extremadamente larga. Y me río, y el gato ronronea y juega con el barrilete y de la nada tengo una caja de fósforos en la mano. Los tiro al hielo derretido, pero

aunque el gato esté tranquilo y yo con la cara al sol, los fósforos se prenden y comienzan a quemar todo.

Agarro al gato y me lo cuelgo en el hombro, el gato grita y me rasguña porque su cola extremadamente larga se está quemando, y no para de llorar. Después el gato y yo aparecemos en el medio del mar, en un bote pesquero. El gato se pone feliz porque puede comer, los pescadores de atrás nuestro están haciendo algo que no se entiende, pero aparecen con cientos de pescados. Y comemos, y jugamos, y el mar nos moja y tenemos que salir nadando porque viene una ola. La ola nos tira, nadamos, y nadamos, y nadamos. Hasta que caigo rendida, y me duermo en la arena blanca. Caigo rendida, porque en el pueblo es la hora de la siesta.

Relato por Pablo Multini

“Usted está aquí desde mayo”, esa fue toda la explicación que recibí. Desperté en una habitación rosa con adornos y almohadones rococó. En una esquina, una silla mecedora con una canasta de la que sobresalen tres ovillos de lana y un par de agujas. Hay olor a naftalina. Hay una puerta entreabierta. Se escuchan voces conversando, ruidos metálicos y cerámicos. Por la ranura entra más luz. Alguien arrastra los pies al caminar. Me siento débil, como si mi cuerpo despertase lentamente de un profundo letargo. Por momentos me olvido de respirar y me da hipo. Intento incorporarme en la cama. No sé por qué, pero mis extremidades están flácidas, como trapos o como bananas peladas. Desde el borde de la cama hago fuerza con la cadera y me dejo caer al suelo, sobre la alfombra macramé, dispuesto a estallarme la cara contra el piso. Cierro los ojos, siento el impacto en el entrecejo y veo una mancha blanca de luz entre mis párpados y el suelo. Atontado abro los ojos y estoy acostado boca arriba en la cama. Un hombre alto y flaco, con facciones angulosas y poco pelo, pero peinado hacia atrás dice “Usted está desde mayo”. Debe ser verdad. El hombre lleva puesto un pantalón formal marrón, zapatos negros

y una camisa cubierta por un guardapolvo blanco. Gira media vuelta y abre la puerta. Cogoteo para ver detrás. Una enfermera corpulenta se interpone. Entra con un equipo y me nebuliza en el mismo momento que abro la boca para hablar. Me quedo dormido. Abro los ojos. Por algún motivo la enfermera no está, me sacaron los tubos pero el ruido del nebulizador sigue sonando. Tal vez ya sonaba desde antes y no sabía por qué o qué. La enfermera entra agitada, toma un rosario y se va con prisa. Cuando abre la puerta puedo ver que levita y que pasan dos personas llevando a un tercero en una camilla. Pasa, me ve y estira el cuello llevando el mentón al pecho y gime sacudiendo la cabeza. De repente pude ver que no tiene lengua.

La puerta se cierra, delante está la enfermera que dice "¿qué más querés saber?". Quiero responder pero me percibo desde lejos, en la cama. Puedo verme sentado en la cama, puedo ver a la enfermera que se sienta a mis pies y estira una mano. Me está tocando, pero no puedo sentir. "¿Qué más querés saber?", insiste frotando. Me raspa, saca algo de mi cuerpo.

Por lo que veo a Pérez nunca le caí bien. Puedo entender eso para un tonto como Ramírez, porque es un salame, pero ¿a mí? ¿A quién le puedo caer mal? Obviamente el problema lo tiene Pérez. Aparezco de once años y estoy sentado sobre una grada, en el quinto escalón. No hablo con nadie. Pérez tiene mi edad y se acerca con sigilo. Me empuja seis metros al vacío, por un túnel. Mis manos flamean sobre mi cintura mientras me piola la gravedad como a un bólido en descenso. Aterrizo con el entrecejo en el cemento alisado. Se escuchó cuando reventó la sangre escupida a los cuatro vientos. Los párpados

se recubrieron con una luz hormigueante ovalada y pasé por ahí como quien pone con la mano y de un tirón al derecho o al revés la botamanga de un jean.

De alguna manera puedo decir que jamás me he sentido tan plácidamente confortable. Todo está oscuro, pero escucho que viento y agua golpean contra la persiana. Sonrío, me acurruco y escucho lejos "¡Mostro!, ¡Dale Mostro!". Siento un soplamocos en la geta y veo la mano del Toro que se aleja penetrándome con la mirada. Todo está oscuro. Se escuchan murmullos y las hormigas se retiran de mis párpados haciendo vacío por el centro. Parece una mirilla. Desde ahí miro a Toro. Está con Rey que lo acompaña y ladra desde la camioneta. Estaciona a cuarenta y cinco grados de mi almohada y se queda mirando. Nunca fue amigo de Pérez y no sé cómo me perdonó por salvarle la vida a ese malandra que ni conocía.

Está todo oscuro. Es a propósito. Prefiero mil veces que no vean. Toro me ceba mate y habla de su vida pasada en los ingenios. Es un tucumano morocho con nariz gancho y el ojo izquierdo desviado en chanfle al ángulo, también izquierdo. Como si estuviera pensando. Era o es peso pluma en boxeo, siempre dice. Esta vez tiene pocas pulgas y arrastra un poncho gigante. "¿Qué te pasa la concha de tu madre?", increpa un pibe en bicicleta que grita desde los surtidores. Toro le clavó los ojos y salió del oscuro al encuentro con la sangre. Siento cómo me piola y arrastra su corriente al lado de él. El pibe sacó veintidós "¿Qué te pasa la concha de tu madre?", gatilla: "click", "click". Ichi, Ni, San, Shi: una luz blanca me funde la vista.

Relato por Yesica Ochoa

Enceguecida por la luz se cubrió la cara con la palma de la mano. Más allá del reflector solo podía ver oscuridad. Creía haber estado de pie hasta que los retortijones la obligaron a contraer su propio cuerpo de tal modo que podía morderse las rodillas si quisiera. Que ganas no le faltaron cuando supo lo que ocurría. Quiso contraer, pero no pudo detenerse, y se cagó. No encima, eso no. Cuando la mierda quiso libertad ella se vio apretujando con sus manos los bordes del inodoro amarillo sobre el que estaba sentada. Entrecerró los ojos queriendo evitar que el brillo le queme. Y el ardor desapareció cuando se concentró en el eco, y en un murmullo deforme que se parecía al sonido que producen las vocales ligadas solo por la fonética: AAAAAAAAAAOOOOOOOOAAAAAAAAAA. Y la oscuridad desapareció. El techo en primera plana, lejos, alto, claro, con relieves, también deformes, ¿gargoleados? Sí, las gárgolas le apuntan. Se mueven como serpientes, o arenas movedizas, o como río sin turbulencia que, al igual que un imán, te arrastra hacia adentro sin que te des cuenta. Así, ella es tragada por ese techo que ahora es suelo y enfrente unos bancos de iglesia y un altar, un

escenario. Gabriel ensayando repite: AAAAAAAOOOOOAAAAA. Y ella avanza por una pasarela, también amarilla. Se acuerda de que estaba cagando y, por un segundo, busca ese inodoro que ya no está mientras continúa caminando hacia Gabriel. La mirada fija en él. Lo ve haciendo ese gesto, el de levantar las cejas cuando algo lo sorprende, lo ve sonreír aunque tenga el rostro lleno de barba virulana. Él se saca la boina, esa que ella le regaló cuando se fue, y se la lleva al pecho para estrujarla contra el esternón. Y Gabriel llora. Lo ve lagrimear, pero no escucha el llanto y le dice que los huevos fritos se empiezan a cocinar con el aceite frío. Y se da cuenta que no puede oír su propia voz. Y la boina, ahora en sus manos, acunada entre sus tetas, habla. "Abrí", dice. Ella empuja una puerta y entra a una cocina, la de su abuela. Quiere un cuchillo, de esos que son como sierritas con mango de madera. El cajón de los cubiertos está demasiado alto, no lo alcanza ni en puntas de pie. Se descalza, transpira, la cicatriz del empeine le pica. Se rasca hasta que deja la piel rosada y los bordes de las uñas repletas de una negrura verdosa. Y ve. La boina que dejó tirada junto con las zapatillas verdes limón termina en el fondo de la bolsa de consorcio y con la tapa del tacho de basura en la mano mira el cajón de cubiertos, aún está inalcanzable. Así que se sube al tacho de basura y, de pie sobre la tapa de plástico que empieza a hundirse, tira del cajón. Una cuchilla con mango blanco le parece más atractiva aunque después se da cuenta que le pesa demasiado cuando pierde el equilibrio y cae boca arriba sobre el colchón de una plaza que le compró su madre cuando cumplió quince. Tiene puesto los shortcitos celestes y una musculosa blanca, el pijama de su hermano. Aún tiene la cuchilla entre sus dedos, nunca la soltó. El cuarto no tiene aberturas.

Con la punta del filo clava en las paredes, raja la goma espuma del colchón, y luego comienza a cavar en su ombligo. No brota sangre. La busca. Se mete la mano, el puño, y siente… nada. Vacío. Abre los ojos. Gabriel, que duerme a su lado, la tiene atrapada. Su abrazo no la deja moverse y lo despierta para sentarse en el borde de la cama. Él refunfuña y entre dientes le dice que justo se había dormido, que sus propios pedos no lo dejaron dormir en toda la noche, y se da media vuelta, apuntándole con el culo. Y ella, que ya no siente el vacío, del orificio que dejó en su estómago saca un barbijo con olor a melón y se lo pone mientras se queja.

—Para algo tenía que servir.

Relato por Aldana Ochotorena

Meto la mano de lleno adentro del mate, en la yerba que me hierve. Me quema. Me chupa todo el brazo, los pedacitos de verde se me encajan entre las uñas. Me absorbe la piel y los músculos y los huesos hasta que estoy todo ahí adentro, con el cuerpo incendiado entre la yerba húmeda que se me cuela en la boca, en la nariz, en los ojos. Y de repente estoy en el espacio y me muevo en cámara lenta, como si caminara entre el peso del agua, aunque no me pesa nada y no hay nada más que vacío por todos lados. Por lo que veo tengo la misma remera y el jean que saqué del placard más temprano, pero puedo respirar. Siento que el cuerpo me cuelga como suspendido. Lo único que escucho es mi propia sangre corriéndome por los vasos en la cabeza; después, es todo quietud. Habrán pasado dos horas o dos meses y por algún motivo el infinito se vuelve 2D, se materializa un piso duro y caigo en una silla de director. Las cuatro paredes y un techo de espacio exterior se corren y se apilan atrás. Frente a mí hay cámaras y un híbrido me entrevista mientras me apunta un reflector; me pregunta por la temporada de caza y le respondo que es un año abundante. Un tipo me pasa una caña de pescar y me señala

una cámara, el camarógrafo se marca la sonrisa, y sin pensar a mí también se me curva la boca. Leo el chivo que pasan en una pantallita con letras rojas, con los músculos casi tiesos en forma de sonrisa. Por más que hago fuerza con mis cuerdas vocales no logro enfatizar, mi voz es monótona y el texto no se termina más. Siento que la caña de pescar se vuelve más pesada así que bajo la vista: es una guitarra eléctrica. El estudio se borra y aparezco en un escenario. Tardo un momento en acostumbrarme a las luces que me apuntan, y cuando lo hago me encuentro con una horda de gente frente a mí: todos me enfocan con sus teléfonos. No sé tocar la guitarra pero siento las miradas sobre mí como esperando algo. Al lado mío está Edgardo que arranca un tema de Los Piojos, pero nadie lo mira a él así que lo sigo desde el micrófono que tengo adelante. Le canto unos segundos hasta que uno en el público empieza a gritar, y desde más atrás se ve un proyectil, lanzado en slow motion pero directo hacia mí. No me pega, cae al lado mío y lo miro: es un bebé. Parece de carne pero no llora ni se mueve. Edgardo sigue en la suya, ahora le baila al pie del micrófono, se mueve en una onda y le va apoyando la pija al paso del bajo. Pero los bebés caen sobre mí. Cada vez hay más, ninguno llora ni se mueve; uno me golpea en el medio de la cara, me desestabiliza y me caigo hacia atrás sobre un manto de dos o tres bebés de grosor. Me quedo tumbado, las luces vuelven a cegarme y los bebés van cayendo sobre mi cuerpo hasta cubrirme del todo. Siento la presión sobre mis pulmones y como puedo regulo el aire que me queda adentro. Entonces noto que mi cuerpo se empieza a colar entre la montaña de esos seres inertes, la presión en mi tórax desaparece y, por algún motivo, ahora yazgo sobre algo viscoso, de manera vertical. No entiendo qué

es, pero no puedo despegar el cuerpo. Frente a mí aparece un gran salón que se extiende hasta un punto de fuga, ornamentado en oro y terciopelo, con sus paredes atiborradas de pinturas. Personas enormes en vestidos generosos que ocupan más espacio que ellos mismos sostienen mariscos y tragos de colores. Desde mi posición parezco presidir el salón, pero por alguna razón nadie me mira. De repente noto unos gemidos susurrantes a mi alrededor. No puedo mover la cabeza, pero roto los ojos hacia los lados. No soy el único ahí pegado.

Relato por María Clara Terwissen

Era jueves por la noche, llovía torrencialmente. Iba conduciendo por la Ruta 2. Las gotas que caían sobre el parabrisas generaban la sensación de que el auto estaba cubierto de cortinas de cotillón. Me distraje por dos milisegundos para cambiar la canción, y cuando volví a levantar la vista, pude ver una especie de agujero, en el medio de la ruta. Tuve la intención de frenar el auto, pero empecé a sentir que era succionaba, por ese extraño hoyo. Una vez dentro una resplandeciente luz blanca me cegó.

Cuando volví a abrir los ojos aparecí en una habitación blanca inmaculada. En la habitación había demasiada luz, mis ojos ardían como si se hubiese añadido sal a una herida. De repente, la sobresaliente luz se apaga y el cuarto quedó totalmente a oscuras. No podía ver nada, pero sentí que un líquido de consistencia extraña emergía del piso. El líquido siguió brotando hasta que me tapó por completo, inexplicablemente yo podía seguir respirando con normalidad. Estaba irracionalmente aterrada. Al siguiente instante, me doy cuenta que el líquido se había evaporado, así como si nada. No sé porque, pero el instinto me dijo que corra. Y empecé a correr.

Corrí y corrí por horas. Por algún motivo que no puedo descifrar, esto no me agotaba; paradójicamente cuanto más corría, más enérgica me sentía. Llegó un momento en que pude ver el final de esa habitación que parecía interminable. Tuve la intención de frenar, pero mi cuerpo quiso lo contrario; esto alteró mis nervios. Casi al punto de chocarme contra la pared, sentí unos ensordecedores gritos, lo que hizo que de una vez por todas mi cuerpo se detenga. Miré a mis alrededores, y no pude descubrir de donde provenían

Al rato, empecé a notar que la habitación se comenzaba a encoger. Cuanto más chico se hacía el cuarto, más aumentaba el volumen de los gritos. Este crispante sonido me perturbaba, muchos más de lo que ya estaba. A esto se le suma que la temperatura comenzó a aumentar desmedidamente; las paredes quemaban el doble que la arena los días más calurosos del verano.

Mi cabeza estaba colmada de preguntas: ¿Qué me pasó? ¿Dónde estoy? ¿Esto es real? ¿Es solo producto de mi imaginación? ¿Estoy viva o muerta? Estas preguntas, más las altas temperaturas, me producían la impresión de que mi cabeza iba a explotar. Esta sensación duró solo unos instantes, pero puedo asegurar que fueron los instantes más desesperantes de mi existencia.

Luego, como por arte de magia, todo se calmó. La calma duró un extenso rato. No puedo identificar la duración exacta ya que en la habitación no había nada que me indicará el paso el tiempo. Debo admitir que, si bien en mis alrededores dominaba la serenidad, era la intranquilidad la que reinaba dentro mío. Cada vez más dudas se iban acumulando.

Después de lo que aparentó ser una eternidad, la habitación se comenzó a ampliar otra vez. Las ganas de correr volvieron a asomarse. Así que empecé

a correr. Pero esta vez el final del camino está más cerca, en seguida alcancé a ver un barranco. Salto al vacío. Mientras iba en caída, pude ver que no había saltado a la nada, sino que había una pileta llena de objetos puntiagudos. Intenté frenar ese mortal impacto, con todas mis fuerzas, pero obviamente no pude. Así que me limité a cerrar a los ojos y a desear que el encontronazo no fuera doloroso. Pero, aunque parezca estúpido, este método fue por demás efectivo. Enseguida sentí como la adrenalina de mi cuerpo disminuía, y al volver a abrir los ojos me encontré en una nueva habitación. Esta me desesperaba aún más, estaba pintada con el color más tedioso que existe; era tan espantado que es imposible describirlo.

De repente, la recurrente luz blanca volvió y me encegueció, una última vez. Y de un momento a otro, estaba conduciendo por la ruta 2, de nuevo.